

6

-5-

# AMOR I FÉ

5.

A. P. 2001

por

1/2 x 62  
67

LUIS LARRAIN ZAÑARTU.



SANTIAGO.

IMPRESA DE «EL INDEPENDIENTE»

CALLE DE LA COMPAÑIA N. ° 79 F.

1870.

AMOR I EE

100574

LUIS LARRAIN ZARATE



SANTIAGO

IMPRESA DE EL INDEPENDIENTE  
CALLE DE LA COMPANIA N. 78 F.

1870

AMOR I FE.

Paseábame un día por los espaciosos corredores de uno de los conventos de esta ciudad.

Triste, apesadumbrado por una penosa amargura de aquellas que en nuestra vida de jóvenes vienen a visitarnos de vez en cuando sumerjiendo nuestro espíritu en una cruel melancolía, me habia retirado a pasar algunos días en medio del silencioso recojimiento del claustro i de la oracion.

Desde el primer día, mi atención se había fijado en uno de los legos del convento, a quien su porte noble i distinguido, su semblante siempre triste, su vista invariablemente fija en el suelo, representaban a mi imaginación como el héroe de alguno de esos íntimos dramas sociales que envuelven una interesante historia, i a menudo una útil lección.

Ese pobre lego me inspiraba curiosidad.

Esta curiosidad subió de punto cuando un día se me dijo por el portero que el hermano Claudio, tal era el nombre que se le daba en el convento, había suplicado al Prior que lo eximiera de la obligación de acompañar a los frailes que por razón de su ministerio u ocupación tenían que salir fuera de la casa.

Me dediqué desde ese día a recojer, por medio de preguntas que procuraba hacer

con todo el disimulo indispensable para que no se trasluciera mi objeto, todos los datos posibles sobre la vida de dicho lego.

Tuve la felicidad de obtener, mediante la buena voluntad del superior, el permiso para que él viniera frecuentemente a mi aposento, con el fin de acompañarme.

Allí, durante las largas horas de la noche, conversaba con él sobre diversos i variados temas, notando siempre que poseia una instruccion vasta, sólida; un trato fino que denotaba el esmero con que se habia atendido a su educacion.

Realzaba esas dotes con una profunda modestia, i su humildad era, a juicio de sus demas compañeros, ejemplar.

¿Quién era ese hombre?

Nunca habia logrado obtener cuando trataba de descubrir su orijen i familia

sino contestaciones evasivas que no arrojaban ninguna luz sino que picaban mucho mas mi curiosidad.

Verdaderamente contrariado en mi pretension, pensaba ya en si renunciaria o nó a mis investigaciones, cuando un incidente inesperado vino a hacerme poseedor de un precioso documento que me reveló todo lo que deseaba saber.

El dia ántes de abandonar esa santa casa, leia yo distraidamente uno de los diarios de la capital, cuando entró a mi aposento el hermano Claudio.

Maquinalmente puse en sus manos dicho diario, comenzando él tranquilamente su lectura.

De repente le ví inmutarse, cambiar de color i asomar a sus ojos dos gruesas lágrimas, que pronto fueron seguidas de otra i otra mas.

«Me levanté de mi asiento; y dirijiéndome a él, ¿qué teneis? le dije.

—Leed, fué su única respuesta, indicándome con el dedo un acápite de crónica en que bajo el título de *Necrologia* se decía lo siguiente:

«Hoi han sido conducidos al cementerio los restos del señor don Francisco de Paula U....»

«Cariñoso padre, amante esposo, deja a su familia sumida en el mas intenso pesar.

«La acompañamos en su justo dolor por tan irreparable pérdida.»

Concluida esta lectura, e instantáneamente ¿era vuestro pariente? le pregunté.

—Mi padre, caballero, fué su contestacion, derramando, al darla, abundantes lágrimas.

—Mas, pronto me agregó: os suplico no digais a nadie lo que acabais de oirme. Era un secreto i os lo he revelado. Guardadlo, por Dios.

—Os lo prometo, le dije.

El hermano Claudio se retiró, dejándome solo i entregado a una profunda meditación.

¿Por qué tanto misterio en su vida?...

A la noche, i a la hora de costumbre vino a verme. Puso en mis manos un cuaderno, un retrato i una pequeña medalla.

—Conservad, me dijo, lo que ahora os entrego. Cuando llegue a vuestros oidos la noticia de mi muerte, podreis ver ese retrato i leer ese cuaderno en el que se halla escrita la historia de mi vida.

Sois el único hombre que habeis sabido inspirarme confianza, manifestando verdadero interes i cariño por el pobre lego.

El os dá lo que mas estima.

En cuanto a esa medalla, que la Virgen cuya imájen tiene grabada, os proteja.

Descanso en vuestra palabra de honor, que no abusareis de la confianza que en vos deposito.

Lleno de emoción por lo que acababa de oír, abracé al lego, diciéndole: «Me habeis honrado con vuestra confianza. No olvideis que en todas las circunstancias de mi vida, soi mas que amigo, soi vuestro hermano. Miradme como a tal i pedid a Dios por mi en vuestras oraciones.»

Al dia siguiente abandoné el convento.

Pregunté, al despedirme, por el hermano Claudio.

Se me contestó que estaba enfermo en cama.....

Volví muchas veces a verlo.

Solo una vez lo conseguí.

Su pálido semblante me indicó el abatimiento moral de su espíritu, el progresivo aniquilamiento de sus fuerzas.

Su enfermedad era de muerte.....

Han pasado cinco años despues de los sucesos referidos.

He ido al convento i he sabido el fallecimiento del hermano Claudio, ocurrido hace ocho dias.

«Era un santo», decian unos.

«Fué un modelo de virtudes», agregaban otros.

«Todo eso ha sido; pero mas que todo un

mártir», dijo uno de los ancianos mas venerables del convento.

Regresé a mi casa, habiendo solicitado si obtenido ántes el permiso de orar sobre su tumba.....

El, al abandonar la vida, habia dejado escrita una carta, que me fué entregada por el Prior del convento.

Dicha carta solo contenia las siguientes lineas:

«Amigo:

«Muero resignado en la voluntad de Dios.

«Cumplid mi encargo.

«Orad por mi.....

.....  
Hé aquí la historia del hermano Claudio, escrita por él mismo.

I.

¿Por qué jamás puede apagarse en el alma el abrasador fuego del recuerdo? . . . .

Ni la quietud i silencio que reina en el claustro, ni la aspereza de la vida monástica a que estoi sometido, ni los blancos cabellos, que escasos ya, pueblan mi cabeza, como triste reliquia de los que fueron; nada, nada consigue el triunfo completo del olvido sobre el recuerdo incesante que ajita mi espíritu.

Voi a escribir mi propia historia, no como una lisonja a la vanidad desterrada hace tiempo, desde que el tosco sayal del légo reemplazó el elegante traje del jóven que vive en el torbellino del mundo sujeto a los mudables caprichos de la moda,

sino solo como una satisfaccion, un desahogo que el corazon siente al confiar sus impresiones a este confidente mudo del papel.....

II.

Hoy, 11 de marzo, hace nueve años que abandoné el mundo par venir a buscar en el cláustro el consuelo, la paz, la tranquilidad que eran tan necesarias a mi triste corazon.

Los sucesos que precedieron a esa resolution, motivándola, son los que voi a referir convirtiéndome en simple narrador, sin darles mas colorido que el que les presta la verdad, sin deducir de ellos mas

conclusiones, que las naturales i lójicas que  
de su fin se desprenden.

Contaba solo quince años cuando una  
violenta enfermedad llevó a la tumba a mi  
madre.

¡Mi madre! cuando recuerdo su nombre,  
agólpase a mis ojos un torrente de lá-  
grimas.

Aun me parece verla con aquel semblan-  
te hermoso como la virtud del cielo, con  
aquellos ojos celestes como el azul del  
firmamento.

Escucho sus palabras, que destilaban en  
mi alma la divina enseñanza de la re-  
lijion i los saludables consejos que solo las  
madres saben dar.

¡Desde esa morada de luz donde resides,  
oh madre, tú velas mi sueño, enjugas

mis lágrimas i pensando en ti halla mi alma consuelo i paz!

Eras tan buena, tan anjélica, que Dios quiso llevarte a su lado cuando aun no habias llegado al medio de la vida.

Mi madre tenia treinta i cinco años cuando una rápida enfermedad la arrebató a mi cariño.....

III.

Quando pude reponerme de la impresión causada por la terrible desgracia que acababa de soportar, me encontré instalado en casa de una tia paterna, a quien

habia visto solo raras ocasiones durante el trascurso de mi vida.

Mi familia habia quedado reducida a cuatro personas. Mi padre, mis dos hermanas, cuyos nombres eran Elisa, i Julia, i yo.

No puedo pasar por alto el penoso sentimiento con que dejé para siempre aquella casa donde se habian deslizado felices los años de mi infancia.

Parecíame que todos i cada uno de los lugares de esa morada me acusaban de ingratitud por el abandono a que precisamente los sometia, pues un nuevo poseedor no respetaria los recuerdos que los hacia tan queridos.

Pero mi padre lo habia dispuesto así, i era preciso obedecer.....

.....  
Mi tia me demostró al principio una

amabilidad i cariño que dispuso en su favor toda mi simpatia.

Sin embargo, las picantes alusiones que de vez en cuando se permitia hacer al carácter, segun ella, estremadamente sensible i timido de mi madre, aunque en verdad tales dotes eran solo una joya mas de las preciosas que adornaban su alma anjélica, lastimaban el cariño que, al través de la tumba me unia a ella.

Alzaba mi voz en defensa de causa tan justa, mereciéndome esta conducta los calificativos de orgulloso i altanero con que mi tia solia apellidarme.

No era diferente el trato que mi tia Rosa, tal era su nombre, daba a mis hermanas Elisa i Julia.

Fundánse en que se hallaban de luto por la muerte de mi madre, las sometia

a un riguroso encierro en la casa, del cual apenas salian los dias de fiesta con el fin de cumplir con el precepto de oír misa, encierro que consistiendo en la absoluta falta de ejercicio hacia decaer rápidamente su salud.

Este tratamiento de parte de mi tía, hizo que yo pidiera con instancia a mi padre el ser colocado de interno en algun establecimiento de educacion para continuar mis estudios, accidentalmente interrumpidos....

.....  
.....

Mi padre accedió a mis deseos, i cinco años trascurrieron para mi, si no felices, a lo ménos libres de molestas exigencias.

Los meses de vacaciones acompañaba a mi padre, quien poseia un fundo en una provincia distante de Santiago, donde residia casi todo el año, entregado a las fae-

nas del campesino, viniendo solo de vez en cuando a esta ciudad i descansando tranquilo en la confianza de que mis hermanas i yo estábamos perfectamente atendidos por mi tia .....

IV.

Habia cumplido veinte años.

Abandoné el colejio, terminados los estudios de humanidades, para continuar los de leyes, residiendo desde entónces en la casa de mi tia.

¡Veinte años, edad de oro de las ilusiones!

Tenia, como todos en esa época un mundo de esperanzas en mi corazon, un deseo

impetuoso de goces que creia hallar en el confuso torbellino de la sociedad.....

Cuando traigo a mi memoria esas horas i esos dias, siento aun, sin que los años ni las mortificaciones de la vida que al presente llevo, hayan podido extinguirlo, el calor entusiasta con que desafiaba todo peligro i corria como un loco de goce en goce, de placer en placer sin saciar jamas esa sed de felicidad que mi alma trataba de apagar.....

.....  
.....  
.....  
Quisiera dejar en blanco la página de mi historia que abraza el período de tiempo desde la época mencionada hasta la edad de veinte i seis años.

Mi pluma se resiste a escribir la lucha terrible en que mi pobre corazon estuvo próximo a perder la brújula que dirijia la

nave del destino en medio del tempestuoso  
mar de la vida.....

¡Adela! yo he muerto para ti!.....

Tú hace nueve años há que no has oido  
pronunciar mi nombre, sino como un re-  
cuerdo perdido allá en el fondo de tu me-  
moria.

¿Qué te importa la vida de amargura i  
pesar a que me has condenado?.....

¡Mas nó!

¡Perdon para ella!

¡La he amado tanto, la amo aun, apesar  
de todo, no obstante su ingratitude, su me-  
nosprecio!.....

Empero, volvamos a mi relacion.

Un dia, que jamas olvidaré, mi padre  
me notificó la resolucion que habia tomado  
de contraer segundas nupcias, guiado, se-

gun él decia a mis hermanas i a mí, por el interes de nuestro porvenir.

No aplaudimos ni censuramos esta determinacion de nuestro padre.

En nuestro carácter de hijos, debiamos ser obedientes i respetuosos, i obrando en ese sentido le dimos por contestacion nuestro silencio.

Ocho dias mas tarde variaba yo de residencia, yendo a habitar una nueva casa que mi padre habia arrendado; i pocos dias despues asistia, con mis hermanas, a su enlace con la señora Manuela B....

Cuando concluida la ceremonia, mi padre me indicó abrazara a mi nueva madre, esta fué su frase, lo hice, pero de un modo frio i sin entusiasmo.

Debo confesar que no sé por qué procedi de esa manera.

¿Era presentimiento del corazón?

No lo sé, pero los hechos posteriores han justificado plenamente la secreta repulsion que mi alma sintió hácia aquella a quien le acababa de dar el nombre que solo una vez se repite: «madre!» .....

Pasaron los días en medio de bulliciosos festejos.

Mi madrastra era de una fisonomía bastante agraciada, de modales francos i distinguidos. Habia recibido una esmerada educacion i su talento era sereno i despejado.

Empero tenia una aficion desordenada al lujo i sacrificaba todo al egoismo de brillar por la elegancia de su traje i por el fausto i esplendor de su tren.

A primera vista, no se comprendia como ella hubiera podido interesarse al punto de

unir su porvenir al de un hombre como mi padre, de edad algo avanzada i que no poseia atractivos físicos.

Mas la murmuracion social habia explicado este contrasentido aparente, dándole por razon su verdadera causa, pues se decia que la pingüe fortuna de mi padre era un cebo bastante apetecible a las aspiraciones de mi madrastra.

Bien pronto pudo notarse que no era ésta una murmuracion destituida de fundamento, por los dispendiosos gastos que una vida de continuas tertulias i numerosos paseos, orijinaban.

Mas no cumple a mi objeto sino referir incidentalmente estos sucesos.

Mi madrastra habia traido a casa a habitar con ella a una sobrina suya.

Adela, era una jóven que tenia entón-

ces diez i seis años. Hermosa como una mañana de primavera, Dios, al crearla, la habia enriquecido con todos los dones de la belleza fisica i moral.

Huérfana, sin padre ni madre, habiendo perdido a esta última hacia dos años, habia sido recojida por mi madrastra, su tia materna, viviendo siempre a su lado como su hija, rodeada del cariño i de las consideraciones de tal.:

Yo no haré su retrato físico; pasaré en silencio sus grandes i hermosos ojos negros, de los que parecian brotar dos magnificas chispas de esa luz viva i centelleante que se agitaba en su ser; nada diré tampoco de ese soberbio conjunto que arrastraba un murmullo de admiracion donde quiera que se presentara.

¿Para qué?

Tengo aqui, ante mi presencia, su retra-

to, única reliquia que de ella conservo i que oculto a las miradas indiscretas de mis demas hermanos en este convento.

Aqui, debajo de mi hábito, lo llevo siempre escondido i él me recuerda la sola ilusion que he amado!

Nuestras primeras relaciones se resentian de cierta etiqueta i reserva mui natural, pues éramos estraños el uno para el otro.

Un año habia trascurrido. En él, la vida de familia que llevábamos, viéndonos i hablando a todas horas habia hecho comprender a nuestros corazones la necesidad de uniros mas i mas por los vínculos del cariño.

Sin embargo, prudentes i discretos, cualidades raras en dos corazones que se aman, teníamos la fuerza de voluntad que

era preciso para dar a nuestros sentimientos, aparentemente el carácter de una fraternal confianza.

Vivíamos contentos con poder soñar un porvenir de encantadora felicidad.

Mis hermanas, a quienes yo nada ocultaba, secundaban mis proyectos i mis ilusiones.

Apesar de nuestros esfuerzos, mi madrastra habia sorprendido nuestro secreto; i pronto pude conocerlo.

Entre las personas que visitaban nuestra casa, habia una a quien ella distinguia con preferentes atenciones.

Don Santiago E.... era un caballero, soltero, i cuya edad frisaba ya en los cincuenta años. Elevado desde la esfera de la última clase social al rango que ocupaba, por el *valor moral* que le daba su cre-

cida fortuna, pues se le creia millonario; era un hombre brusco en sus maneras, ordinario en su trato i de un lenguaje tan poco culto que la decencia se resistia, a veces, de oirlo. Sinembargo, mi madrastra disculpaba sus actos i decia que era un partido tan ventajoso que era menester aprovecharlo, o, en otros términos, ella queria a todo trance que don Santiago quedára, segun su espresion, en la familia.

Adela era la victima destinada a ser sacrificada en aras de la ambicion que significaba el matrimonio por interes, a que pensaba someterla.

Mas, ¿cómo realizarlo sin destruir el obstáculo insuperable que se hallaba en la voluntad de Adela i en el eterno cariño que nos habiamos prometido?

He dicho ya que mi madrastra era ca-

paz de sacrificarlo todo al egoismo de la ambicion.

Este era precisamente el móvil que le hacia consentir en esa union monstruosa de una niña pura i bella con un hombre sin fé i sin amor. Don Santiago era inmensamente rico i el oro constituye la felicidad, porque con el oro se compran los goces, tal era su raciocinio sin pensar que el corazon, es decir, la parte noble e inteligente de nuestro ser necesita su alimento, tiene su vida i ésa no la da el oro sino el amor. Mas, ¿para qué detenerme en reflexiones?

Continúo como simple narrador esta triste historia de mi vida.

Adela habia sido reconvenida varias ocasiones por mi madrastra, a causa de la poca amabilidad con que recibia las atenciones de don Santiago. Ella no me habia

ocultado estos sucesos i yo le habia expresado mis temores sobre los proyectos de su tia, acerca de su porvenir.

Cuando hablaba de tales cosas, Cárlos, me decia, ¿crees en mi?

Con toda mi alma, era mi respuesta. Pues entónces, replicaba ella, yo te prometo que jamas seré de nadie sino tuya. Has sido mi primero i serás mi único amor.

Yo olvidaba las tristes aprensiones que aflijian mi espíritu i volvia de nuevo con mas fé i consagracion a dedicarme a mis ocupaciones, interrumpidas solo por el recuerdo de ella....

Don Santiago redoblaba sus visitas i muchos dias aceptaba las invitaciones de mi madrastra, quedándose a comer en casa....

Llegó un día en que con notable sorpresa recibí una carta de mi padre, ausente hacia un mes de Santiago, en la que me decía que inmediatamente fuera a reunirme con él, dirijiéndome al fundo de campo donde él se hallaba, pues se sentía mal, i encontrándose en la época de la cosecha inhabilitado por un fuerte ataque de gota, necesitaba que yo fuese en su lugar a dirigir los trabajos de dicho fundo.

No vacilé un momento, i al día siguiente partí en la direccion indicada.

Al despedirme de Adela le hice renovar una i cien veces su juramento, i yo por mi parte hacia otro tanto estrechando sus manos entre las mias i colocando en uno de sus dedos un anillo, símbolo de nuestro compromiso ante nuestra conciencia i de la futura union que ligaria nuestros destinos en el porvenir.

Ella por su parte hizo otro tanto, dándome a mas un guardapelo que llevaba al rededor de su cuello, recuerdo de su madre cuyo retrato contenia.....

Partí, pues, al dia siguiente, confiado en la grata esperanza de verla pronto. Joven sin esperiencia, habia sido engañado, teniendo la carta de mi padre no otro objeto que retenerme a su lado, separarme de Adela i de ese modo hacer fácil i realizable el matrimonio de ésta con don Santiago E.....

Mi padre me recibió con su natural afebilidad, esponiéndome que debiendo yo sucederle en la direccion de los asuntos de la familia i teniendo, ya la edad de veinticuatro años cumplidos, habia creido oportuno tenerme a su lado para que me hiciera cargo i me instruyera en esos asuntos, a lo que se agregaba que su salud achacosa le hacia indispensable la asisten-

cia inmediata de un compañero que le prestara los debidos ausilios i le reemplazara en sus faennas.

Le contesté que estaba dispuesto a cumplir sus deseos, i que nada complaceria mas a mi corazon como llenar satisfactoriamente mi deber.

Esta respuesta pareció conmovérle.

—Eres demasiado bueno, me dijo. Tienes el carácter anjelical de tu madre.

Este recuerdo hizo saltar de mis ojos numerosas lágrimas....

Trascurrieron ocho dias, siendo nuestra vida sumamente monótona i sin distraccion.

A los ocho dias recibí una carta. La trascibo literalmente tal como la conservo en mi memoria.—Héla aqui:

«Cárlos: ¿me has olvidado? Cuánto me  
»he acordado de tí i cuánta falta me haces,  
»sobre todo ahora cuando mi tia quiere  
»forzar mi voluntad a un sacrificio que no  
»aceptaré nunca.

«Al dia siguiente de tu partida me llamó  
»para decirme que era conveniente pen-  
»sara en establecerme i que ningun par-  
»tido pudiera serme mas ventajoso que  
»don Santiago, quien me queria mucho i  
»era inmensamente rico. Yo le contesté  
»que no pensaba en casarme porque era  
»todavía mui niña i que a don Santiago  
»lo miraria siempre solo como un amigo.  
»Tú sabes que yo mentia, pero ¿qué podia  
»decir en esa ocasion?

«Cárlos, escribeme. Necesito que me  
»consueles.

«Mi tia está mui amable conmigo. Sos-  
»pecho que a todo trance quiere casarme

»con ese viejo necio de don Santiago.

«No te demores. Vente luego. Tus hermanas me dicen que estrañan tu silencio.»  
»Escríbeles a ellas i a mí.

«No me olvides i ámame tanto como siempre te amaré tu Adela.»

Renuncio a describir la impresion que produjo en mi ánimo la lectura de esta carta.

¡Mis previsiones no me habian engañado!

El llamamiento que se me habia hecho alejándome de Adela habia sido solo un lazo tendido a mi buena fé para realizar los ambiciosos planes de mi madrastra.

Si hubiera dejado obrar libremente a mi corazon, habria marchado inmediatamente a Santiago.

¿Pero no era ésta una resolución aventurada cuyo resultado no era otro que patentizar mis relaciones de cariño con Adela, atrayéndome el enojo de su tía i haciendo imposible nuestra futura union?

Por otra parte, la carta de mi padre me manifestaba que él estaba en el plan ideado de mi madrastra.

Sin contar con ningun apoyo ¿habria comprometido a Adela sin poder ofrecerle una solucion pronta, pues no tenia recursos suficientes para hacerlo inmediatamente?

Deseché, pues, haciendo dominar la calma sobre la agitacion de mi espiritu, las ideas que quemaban mi cerebro i me limité a contestarle «que tuviera fé i constancia; fé en Dios para confiar en El que conocia la pureza de nuestros sentimientos, constancia para no olvidar sus juramentos i sus

promesas. En cuanto a mi, le decia, preparo el terreno por medio de obediencia i docilidad a mi padre, para contar siempre con la bendicion de Aquél que premia siempre al buen hijo.»

Un mes, eterno plazo, trascurrió en estas alternativas, sufriendo inmensamente léjos de ella.

Mi padre, entre tanto, decaia visiblemente en su salud.

No podia abandonarlo.

De una parte me tenia a su lado la voz del deber filial, de otra me llamaba la voz del corazon que me decia que me iban a arrebatat la única delicia de mi vida.

Lucha terrible en que presa de violenta fiebre mi cabeza se abrasaba i mi ser entero se conmovia.

Mi padre pasaba dias enteros en la cama

i yo velaba incesantemente a su lado.

Tantas pruebas de filial cariño lo enterrecieron, i un dia, abriendo los secretos de su alma a la comunicacion, me dijo con voz entrecortada por los sollozos estas palabras:

—Cárlos, perdóname el que haya contribuido a tu desgracia.

—Señor, le dije, de vos no he recibido sino beneficios.

—No, hijo, repuso, tú amabas i eras amado de Adela i yo cediendo a la debilidad de carácter que me ha hecho tan infeliz, he consentido en que la roben a tu cariño. Ayer se ha casado con don Santiago E.....

—Padre, exclamé, dominado por un sentimiento que no sé explicar, os engañais. Adela no es de nadie, nó! nó! nó!.....

.....  
Perdi el conocimiento i caí en tierra.....  
.....

El rudo golpe que la adversidad habia descargado sobre mi corazon era mortal.»

Recobrado el conocimiento, cuando volvi en mí, me hallé en mi lecho teniendo a mi cabecera a mi padre que me contemplaba con un semblante de compasion i de interes.

Preguntarle por Adela habria sido re-convenirlo por su conducta injusta para conmigo.

Preferi guardar silencio.

Mas, un acontecimiento casual vino a hacerme comprender la verdad de todo lo ocurrido.

Mi padre habia salido con el objeto de

visitar e inspeccionar los trabajos del campo, quedando entre tanto yo en casa, pues el estado delicado de mi salud me impedia acompañarlo.

Maquinalmente me dirigí a la pieza que le servia de escritorio i grande fué mi sorpresa cuando encima de él encontré un paquete de cartas rotuladas a mi direccion.

Conocí al instante la letra de quien las habia escrito. Eran de Adela.

Mas ¿cómo esas cartas no habian llegado a mi poder?

No cabia duda alguna de que se las habia interceptado, ocultándolas a mi conocimiento.

Las tomé sin escrúpulo, i dominado por una delirante avidez.

¿Por qué razon mi padre habia conspi-

rado también, para arrebatarme mi dicha, mi felicidad?

Empero, leamos las cartas de Adela. Eran cinco, escritas con la sucesión de tiempo que ellas indican.

Las trascibo literalmente.

«Carlos: Hace seis días há que te escribí una carta que no has contestado.

«¿Por qué este silencio?.....

«¿Me has olvidado?

«Insisten en querer casarme con don Santiago E.....

«¡Yo no puedo amar a ese hombre!

«Escribeme, pues tus cartas me darán valor para soportar la terrible lucha que se me prepara.—Tuya siempre.—Adela.»

Hé aquí su segunda carta:

«Carlos: Siempre tu silencio, tu matador, tu desesperante silencio!

«Ayer nuevamente me ha llamado, me ha llamado para darme un sermón en el que me ha pintado lo triste de mi situación. Me ha dicho que siendo huérfana i pudiendo ella dejar de existir, quiere ántes de cerrar sus ojos a la luz de la existencia, dejar asegurado mi porvenir i que, por consiguiente, debo resolverme a casarme con don Santiago, quien le ha manifestado sus pretensiones a mi mano, pretensiones que yo debo aceptar llena de placer.

«Le he contestado que no he pensado nada a cerca de este asunto, i que miraría a don Santiago solo como un amigo.

«Esta contestación la ha exasperado i me ha dicho, dominada por un violento enojo «que soi una ingrata i una necia.»

«Cárlos, consuélame diciéndome lo que debo hacer.

«Sufro mucho. Si tú estuvieras a mi lado, yo tendría valor, pero hace tanto tiempo que no sé de tí.

«No me olvides, Cárlos. Piensa en que está triste i sufre—Tu Adela.

La tercera decia: «Cárlos: llevo a sospechar que ya no me amas, al ver que no has contestado ninguna de mis cartas.»

«Hoi cuando todos estábamos en la mesa del almuerzo, mi tia ha dicho que habia recibido carta de tu padre en la que refiriéndose a tí decia que estabas mui contento i que no pensabas en venir a ésta, que le habias manifestado que tus proyectos consistian en dedicarte completamente al trabajo campestre i mil otras cosas que ahora no recuerdo porque al oír que decia

que tú estabas contento, sufrí un vértigo que me trastornó enteramente.

«¿No es cierto, Cárlos, que tú no puedes estar contento léjos de tu Adela, así como tu Adela es desgraciada porque está separada de tí?»

«Disipa, por Dios, por el recuerdo de tu enjelical madre, de quien siempre me hablabas, esta terrible aprension que me enloquece.

«Escribeme. ¿Qué te impide el hacerlo? —¿Tienes miedo? Yo lo hago a escondidas cuando mi tia se ha recojido a su aposento, i para enviar las cartas me valgo de tus hermanas que tienen mas libertad que yo i de quienes no sospechan.

«Si no me contestas, creeré que tú has olvidado a tu Adela.

«Ella te jura, te amará siempre.—Tu Adela.»

La cuarta carta era la siguiente:

Cárlos: «Al fin cesó tu silencio. Me dices en tu carta que he leído una i cien veces que no debo pensaren tí porque no es amor lo que nuestros corazones han sentido sino una lijera simpatía nacida del trato diario, de la confianza mútua de dos personas que viven en la misma casa, i como jóvenes miran el porvenir de color de rosa.

Me dices tambien..... pero nó..... yo no puedo repetir las palabras de tu carta.

«Concluyes dejando en mis manos la eleccion de mi porvenir desligándome del *compromiso ficticio* que entre nosotros habia.....

«Cárlos, ¿por qué le juraste a la pobre

huérfana un amor que no sentias?

«¡Ingrato! Dios te perdone, como yo lo hago, el mal que me has hecho.—Adela.»

Aquí terminaba su correspondencia.

Junto a ese paquete habia otro en el que se hallaban todas las cartas que yo habia dirigido rotuladas a mis hermanas, aunque en realidad fueron para Adela, las cuales no habian sido remitidas a su destino.

Estas últimas podían reasumirse en una palabra «amor sin limites; amor eterno; fé en Dios; constancia en nuestras promesas; esperanzas en el porvenir.»

Renuncio a describir la impresion que las lecturas de esas cartas dejó en mi ánimo.

¡Era víctima de un cruel engaño!

I el mal no tenia ya remedio alguno que pudiera impedir su accion!

Mi padre me habia comunicado el efectuado enlace de Adela con don Santiago E.....

Ella, la niña pura, candorosa i bella seducida por mentidas cartas que yo no habia escrito, cediendo a las apariencias de verdad de un plan tan inicuo cuanto hábilmente combinado, era ya la esposa de un hombre que no podia jamas hacerla feliz!

No pude resistir al efecto que los sucesos referidos causaron en mi alma.

A los cuatro dias despues me puse en camino para Santiago.....

V.

Cuando llegué, encontré triste, desierta i solitaria la morada que yo habia dejado hacia meses con mis ojos bañados en lágrimas, pero con mi corazon henchido de ilusiones.

Adela habia partido ese mismo dia de su matrimonio, dirijiéndose a Valparaiso.

Apesar de la resolucion que habia formado de guardar un secreto eterno de los sucesos relacionados en las cartas que he leido i de la perfidia con que se habia impedido llegaran a mi poder, mis hermanas me hicieron faltar a dicha resolucion refiriéndome el modo brusco i las condiciones crueles que habian arrancado a Adela la determinacion ya realizada.

No quiero ocuparme de esos sucesos.

Jeneroso i magnánimo hasta mas allá de lo que era natural, no hice reproche alguno contentándome con prescindir completamente de las atenciones de cariño i afecto que no podia dar a aquéllos que me habian sacrificado a un interes egoista.

## VI.

Han avanzado en la marcha del tiempo dos años, en el trascurso de mi vida.—

He buscado en la sociedad, en las reuniones, en los paseos, en los bailes i teatros el consuelo que tanto necesita mi triste corazon.

¡Es en vano!

¡Lucho con un imposible que es inútil pretenda vencer!

El recuerdo de Adela me persigue incesantemente.

¡Yo no puedo olvidarla!

No he sabido de ella sino noticias vagas e incompletas de su vida.

Hai quienes me han dicho se halla enferma de muerte.....

Entre tanto, duras pruebas habian puesto mi ánimo cada dia mas displicente i mas melancólico.

— ¡La melancolía, esa terrible enfermedad del espíritu, se habia ido posesionando poco a poco de mi ser hasta dominarlo completamente!

¡Tristeza, siempre tristeza!

¡Cerrados por todas partes los horizontes de la dicha, presa de lúgubres ideas, este mi pobre corazón estaba destinado

a sufrir el eterno invierno del dolor sin que jamas la primavera de la dicha diera expansion i alegria a su porvenir!

Yo veia en otros el semblante adusto i severo de ese dolor cuando la fatidica hora del pesar turbaba su sueño.

Yo habia visto correr lágrimas producidas por desesperantes decepciones.

Empero, mas tarde habia visto tambien placenteros a esos mismos rostros i habia oido la sonora risa de su alegria.

Talvez la benéfica maga del olvido habia estendido sobre ellos sus alas protectoras, devolviendo a sus corazones la calma, a sus semblantes la dulce serenidad.

¡Mas yo habia encontrado espinas i solo espinas por donde quiera que hubiera transitado!

Las flores tienen su perfume, las aves su canto, el hombre su ilusión.

Porque la ilusión es inseparable de la existencia.

Mi ilusión no había sido sino una engañadora visión del dueño de mi pensamiento.

Fantástico miraje del desierto.....

En medio de tan doloros pesares solo una cosa daba valor a mi espíritu.

Esa cosa era la fé.

Yo no había olvidado los consejos de mi madre.

La semilla de luz i de verdad que ella grabara un día en mi alma, daba su fruto, i yo buscaba el consuelo en la única fuente pura de donde emana: en Dios....

La fé me salvó del horrible precipicio a

que un corazon sin horizonte, sin ilusion, se habia entregado creyendo hallar un justo desahogo a su afliccion.

## VII.

Llego a la última parte de mi relacion.

Mi hermana Elisa habia unido su destino al de un jöven abogado, amigo mio, perteneciente a una de las familias mas respetables de la capital.

Vivia contenta al lado de un esposo que la idolatraba i que cifraba su dicha en hacerla feliz.

Julia, cuyo carácter siempre reposado i sereno era poco comun en su edad, despues de una madura reflexion i habiéndose consultado con persona de sabio consejo, tomaba el hábito en uno de los monasterios de esta ciudad.

Quedé solo.

Resistí a las reiteradas cuanto sinceras instancias de Elisa a fin de que permaneciera en su compañía.

Vivia solo con mis recuerdo.

El recuerdo es nuestra experiencia en el pasado.

El recuerdo es nuestra luz en el porvenir.

Vivimos en i con el recuerdo.

En el recuerdo de los seres que nos comprenden i nos aman.

Con el recuerdo de nuestras ilusiones i nuestros desengaños.

¿Cuál sería, entónces, la vida de los que no abrigan sino tristes impresiones en su corazon si no pudieran cicatrizar las heridas de su alma con el vivificante bálsamo de un feliz recuerdo?

Sabia que Adela no era dichosa en su matrimonio, i una carta acabó de confirmarme en esa idea.

En ella me decía Adela «que don Santiago, su esposo, habia partido hacia un mes al Perú, dejándole una reducida cantidad para sus gastos; que a los dos dias de su partida se habian presentado dos personas a quienes ella no conocia, trayendo una orden firmada por el juez de comercio para embargar los muebles i útiles de la casa, i concluia pidiéndome, como amigo, que le dijera lo que debia hacerse en este caso.»

Sin vacilar marché a Valparaiso.

Puse puerta de bronce a mi corazon i cubrí con el espeso manto del olvido, mi pasado.

Me constituí responsable por las deudas

de don Santiago, evitando así la vergüenza consiguiente a una declaración de quiebra.

Cinco días después me embarcaba en el vapor que se dirigía al Callao i, omitiendo la relación de las diligencias relativas a mi objeto, al poco tiempo estaba de vuelta en Valparaíso, viniendo conmigo don Santiago, a quien instalé de nuevo en su casa.

Arreglé sus asuntos i, terminado esto poniendo la mano sobre mi corazón, experimenté la dulce satisfacción que causa en el alma una buena acción.

Tres días después me hallaba en Santiago.

VIII.

Habia cumplido veinte i seis años.

Encontrábame en aquella edad en que la vida se presenta lisonjera i en que el porvenir es algo mas que una palabra para quien busca en él, de buena fé, la solución del problema de su vida.

Sin embargo, ajitábase en mi ser algo que yo no comprendia i que era mi pensamiento incesante.

El recuerdo de Adela, el imposible que habia entre ella i yo i la necesidad que todo corazon siente como un impulso irresistible a la felicidad, hé aqui las ideas que a todas horas, en todo lugar, a cada instante, tenian preocupado mi ánimo.

«A grandes males, me dije un dia, grandes remedios.»

¡El recojimiento de unos dias de meditacion dió a mi espíritu la clave del enigma que trataba de resolver!

¡El mundo no me proporciona paz i consuelo!

Habia nacido para amar i ser amado.

El único ser que habia despertado en mi alma esas emociones, ya no existia para mí.

Hé aqui lo que produjo la resolucion que adopté sin vacilar.

Faltaban a penas unos dias para que yo contara veinte i siete años, cuando un dia, lleno de fé i valor, corrí a este convento, me arrojé a los piés del prior i le pedí humilde i sinceramente el há-

bito de lego i la felicidad de ser contado entre los hermanos de esta santa casa.

IX.

Hace nueve años que permanezco aquí, olvidado del mundo a quien desprecio i pensando en la verdad, pues la verdad no se halla en el confuso i turbulento bullicio que en él existe.

La paz que aquí reina, la tranquilidad, el silencio, la oracion han dado a mi razon descanso si no olvido de las impresiones que ajitaron mi alma miéntas vivi fuera de esta casa.

Una palabra mas i habré concluido.

¿He olvidado a Adela?

¡Nó, nunca!

En mis oraciones pido a Dios por ella

i hasta que El disponga de mi vida, yo le consagraré una parte de mi pensamiento como tuyas fueron mis primeras, mis únicas ilusiones.....

.....

Cualquiera que sea quien recoja este manuscrito trátelo con cariño como que es la espresion sincera de un corazon que jamas rindió culto sino a la pureza de sentimiento s i a la elevacion de ideas.

¡Adela! tuyo fué el primer albor de de mis impresiones, tuyo será tambien, despues de Dios, mi último recuerdo!

Allí desde la eternal morada a donde ansio llegar, rogaré a Aquél que todo lo puede por ti i al traves del sepulcro yo me comunicaré con tu espiritu i te daré valor en tus pesares.....

.....

La campana me llama a la oracion..  
.....«Adios».....  
.....

Aquí terminaba el manuscrito del her-  
mano Claudio.

¿Qué agregar a esa elocuente historia  
de un noble corazón?

Dejo al lector las apreciaciones.

Para mí, es un sublime testimonio de  
fé i amor.

FIN.

---

La campana me llama a la oración.

.....

.....

Aquí terminaba el manuscrito del her-

mano Claudio.

Qué agregar a esa elocuente historia

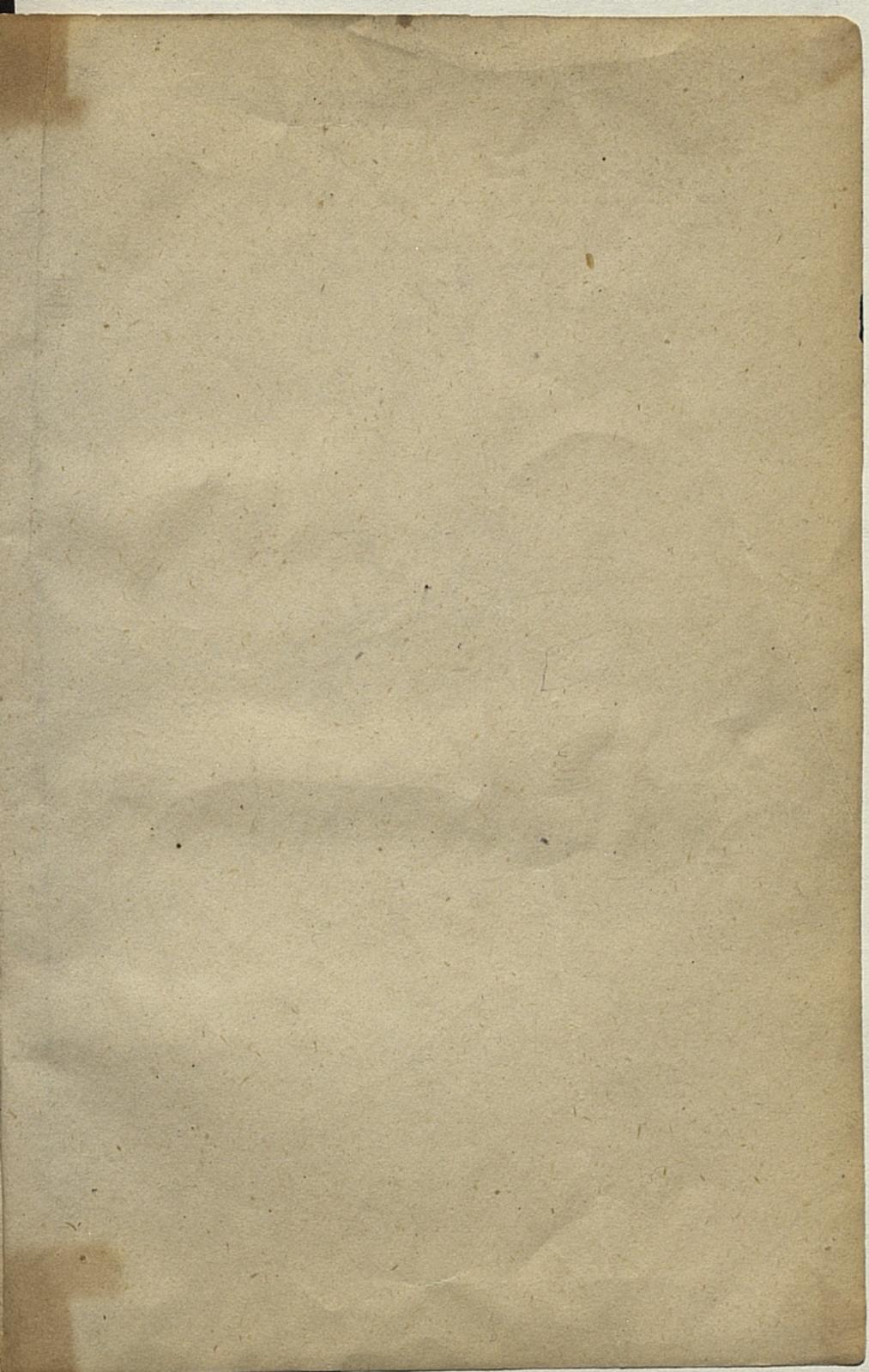
de un noble corazón?

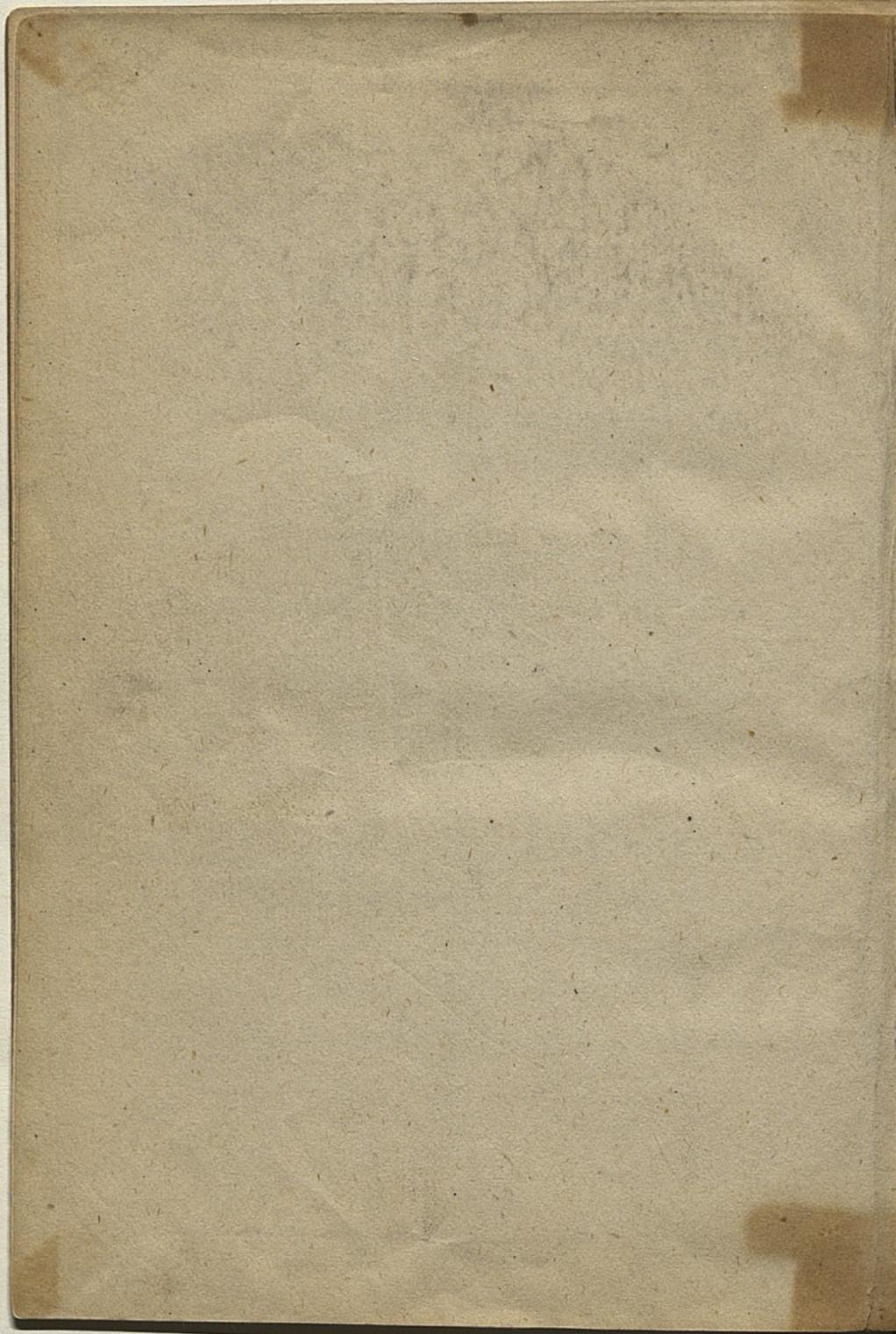
Dejo al lector las apreciaciones.

Para mí, es un sublime testimonio de

el amor.

FIN.





1 libro  
4 folios

-5-

